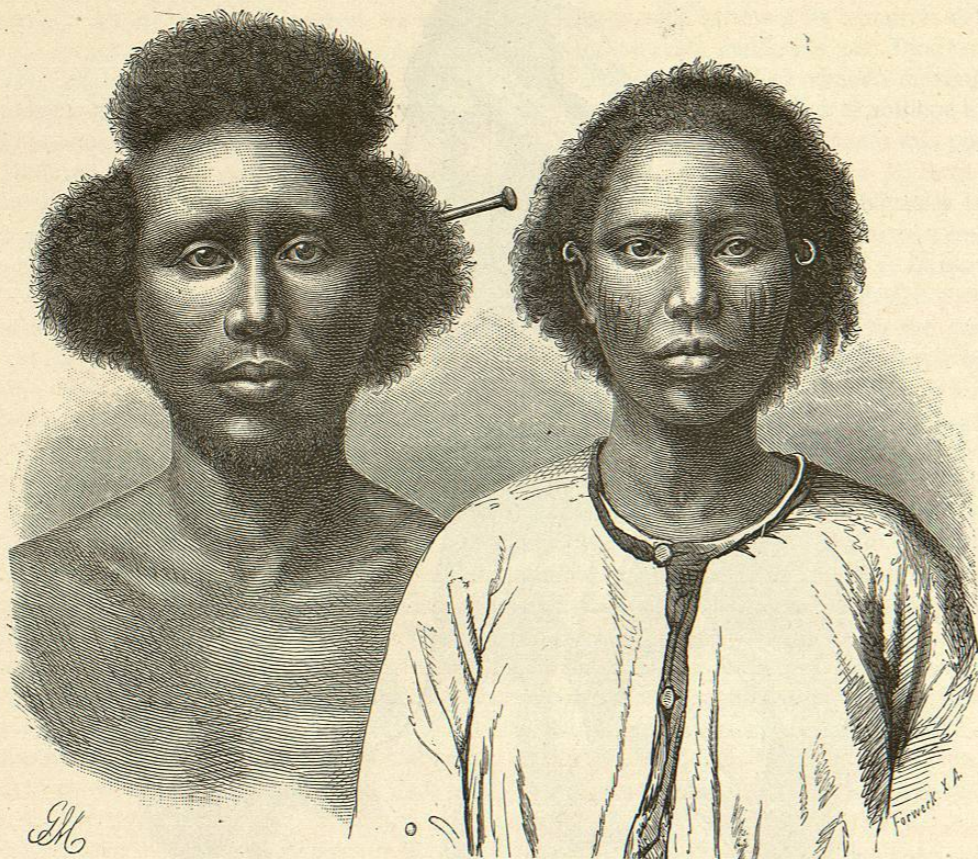


primero se pasen á éstas sus mujeres y sus hijas. Precisamente por esta razón el comercio de estos territorios es un poderoso instrumento político del cual se sirvieron con gran éxito los chinos que hasta como políticos son mercaderes por naturaleza. Cabe, en realidad, decir que sólo pueden apreciar en su verdadero valor el comercio aquellos que lo han observado en las estepas. China con las armas casi nada pudo conseguir de los mogoles, y aunque sus ejércitos hubiesen vencido á las hordas de las estepas no hubiera logrado tanto ni con carácter tan estable como consiguió esquilmando y empobreciendo á los

mogoles y haciéndoles en parte más aplicados y más activos. Es muy digno de notarse que aun en aquellos puntos de Mogolia en los cuales China no está oficialmente representada como sucede en Alaschán, los comerciantes chinos son las personas principales y más influyentes después de los ambanes y, al igual de lo que acontecía en Birma, representan un papel en la corte, es decir en el gobierno. Los baschkiros del territorio del Ural meridional son un excelente ejemplo de lo que se denomina seminomadismo. Las noticias históricas y los caracteres etnográficos concuerdan en que los baschkiros no siempre han



Hombre y muchacha de Nubia. (De una fotografía)

residido en el país montañoso del Ural sino que en otro tiempo habitaban en las estepas del bajo Volga. Acorralados en la montaña y aprisionados por la expansión moscovita, ajustaron su sistema de vida á las nuevas circunstancias sin por esto poder abandonar del todo su antiguo modo de ser. La misma finura de sus sentidos los diferencia como antiguos nómadas de las estepas de sus vecinos sedentarios desde hace mucho tiempo. Con lo que todavía no han podido identificarse por completo es con la agricultura á la que se dedican como cosa en cierto modo secundaria aun en aquellos puntos en que podría recompensar con largueza su trabajo; de aquí que los baschkiros de Werchne-Uralsk, á pesar de hallarse establecidos desde hace muchas generaciones, siguen siendo malos y pobres agricultores, estando muy por encima de ellos sus compañeros de tribu que se dedican á la cría de caballos. Los baschkiros como agricultores están, por regla general, á un nivel más bajo que sus vecinos los tschuwacos. Comparando las recientes descripciones con las que hizo Pallas se

ve cuán poco han variado en este concepto. Los nómadas que durante el verano vagan por las estribaciones meridionales del Ural con sus grandes rebaños de caballos, animales que aun en lo más crudo del invierno permanecen en campo raso y buscan su sustento debajo de la nieve, conservan su antiguo modo de ser y sus antiguas costumbres, lo propio que los cazadores y pescadores de su tribu. Todos, empero, se retiran durante la estación fría á sus cuarteles de invierno; éstos desde los tiempos de Pallas han progresado indudablemente por cuanto están más sólidamente construídos, pero á pesar de ello no son otra cosa que cabañas de madera sumamente sencillas y pequeñas. Los *tachtadjis* (cortadores de madera) del Asia Menor á quienes los turcos denominan *tschepnis* y de los cuales dice Humann «ocupan el centro entre los gitanos y los yurukes» son también un ejemplo de verdaderos seminómadas, pues durante el invierno viven en cabañas sólidas y durante el verano habitan en tiendas como los yurukes que son esencialmente nómadas.

LIBRO CUARTO

CIRCULO DE PUEBLOS ERITREOS

CAPITULO PRIMERO.

PAÍS DE DESIERTOS DE AFRICA Y DE ARABIA.

«Oasis en el desierto»

El Sahara. — Nubia. — Arabia. — Egipto.

El desierto es un rasgo importante en la naturaleza de Africa, pero más aún en la historia del africano continente. Ya en otra ocasión (tomo I, pág. 7) hemos podido estudiarlo como frontera de pueblos muy marcada que separa el Africa de los negros, ó sea al Africa propiamente dicha, del Africa de la raza caucásica que con más razón podremos denominar mediterránea; tócanos ahora examinarlo como germen y criadero de pueblos de índole muy especial cuya influencia déjase sentir en alto grado en aquella Africa de los negros. Al tratar de cada uno de los pueblos que lo habitan veremos que ambas funciones le impusieron, más que á ningún otro territorio fronterizo, la misión no sólo de separar sino la más trascendental de servir de intermediario. Al entrar en su estudio nos interesará inmediatamente cualquier fenómeno que pueda tener importancia para la vida de los pueblos. ¿Qué detalle, en efecto, por pequeño que sea puede ser calificado de insignificante en una naturaleza pobre y uniforme como esta? Y en este estudio hemos de comprender también á los desiertos de la Arabia que tantos puntos de contacto ofrecen con el desierto africano así en lo fundamental como en muchos detalles.

Ante todo debemos consignar que considerando el desierto norte-africano como una gran unidad natural é histórica, no por esto hemos de desconocer la riqueza y variedad que la naturaleza ha impreso aun en él, y por esta razón nos creemos obligados á trazar el cuadro de la naturaleza de este gran escenario histórico más minuciosamente de lo que lo hemos hecho al tratar de territorios cuyas cualidades son más fáciles de comprender, pues para apreciar debidamente la importancia histórica del Norte y del centro de Africa es preciso evitar los defectos del esquematismo. Este desierto no es para nosotros, como tampoco para los geógrafos, un territorio natural uniforme: sabemos que los oasis con sus tierras notablemente fértiles y con su población densa interrumpen á menudo en grandes extensiones la monotonía de las arenas y de las rocas del desierto cuya aridez, además, se ve sobrepujada en su mismo territorio por algunos lugares más áridos aún que el desierto mismo que trazan límites muy marcados así en la naturaleza del suelo como entre los pueblos. Así por ejemplo la región arenosa llamada El Erg, hinchada meseta de

arena que se extiende desde el pequeño Syrte hasta el Océano, forma la frontera septentrional de los tuaregs, de modo que entre los oasis libios y el grupo de oasis de Audschila-Kufra existe el campo de las dunas que comienza al Oeste de Dachel y por sus excesivas condiciones de desierto constituye, desde hace muchos años, una barrera infranqueable para el tráfico. Por otra parte hay las grandes vías mercantiles y étnicas, especialmente las tres grandes arterias que de muy antiguo enlazan indudablemente la historia del Africa de los negros con la del Africa de los blancos, y son: el valle del Nilo, los grupos de oasis Fes-sán-Tibesti, y el territorio del Níger. El desierto se nos presenta con frecuencia, en los territorios comprendidos entre estas arterias, pobre en habitantes pero no inhabitado en absoluto: del Norte y del Sud filtranse constantemente en él fragmentos de pueblos y en medio del desierto nos encontramos con ciudades pobladísimas, con una agricultura, una industria y una organización social. De suerte que es un pedazo de tierra digno de estudio y de atención; importante por su situación en el continente africano, no lo es menos para nosotros como territorio histórico generador y sustentador de pueblos. Siendo como es una madre dura para con sus hijos, éstos, acostumbrados á tal dureza, lánzase con tanta mayor energía al teatro de la historia africana y suplen con su fuerza y movilidad lo que en número les falta.

El Sahara ó desierto norte africano es por su naturaleza en primer término una noción climatológica, pues mientras la forma de su suelo se presenta varia en grado sumo, refléjase en todas sus partes el carácter de aridez hijo del clima común á ellas. Como en toda el Africa, preponderan aquí las mesetas no siendo el Sahara otra cosa que «el suelo arenoso de un mar secado;» esto no obstante, en los bordes septentrional y occidental dominan casi exclusivamente los terrenos bajos y en el corazón del mismo no faltan montañas elevadas. De modo que si en vez de estudiarlo, como lo hacemos, en el concepto de teatro de la historia de la humanidad tratáramos de examinar el Norte de Africa por la forma de su suelo, tendríamos que romper con la idea tradicional que de él se tiene formada para dividirlo en las formas distintas que abarca. Pero el Sahara no es sólo una noción climatológica, sino que es también una noción en el concepto de la geografía vegetal y zoológica y por ende una noción marcadamente etnográfica y si bien no ofrece al hombre que en él habita condiciones tan uniformes y tan idénticas como suponen los que lo conocen poco á fondo, la acción de las formas del suelo en la relativa variedad de su carácter natural no resulta eficaz en primer término. Si nos atenemos á la noción tradicional que supone al Sahara geográficamente limitado por el Atlántico y el Mediterráneo, por la vertiente meridional del

Atlas, por el Nilo, por el Senegal, por el Níger, por la depresión del lago Tsad y por el Wadi Mhal ó Melk, tendremos un territorio de unas 170.000 millas cuadradas forzosamente con formas de suelo muy distintas por cuanto no existen territorios de tanta extensión orográficamente uniformes.

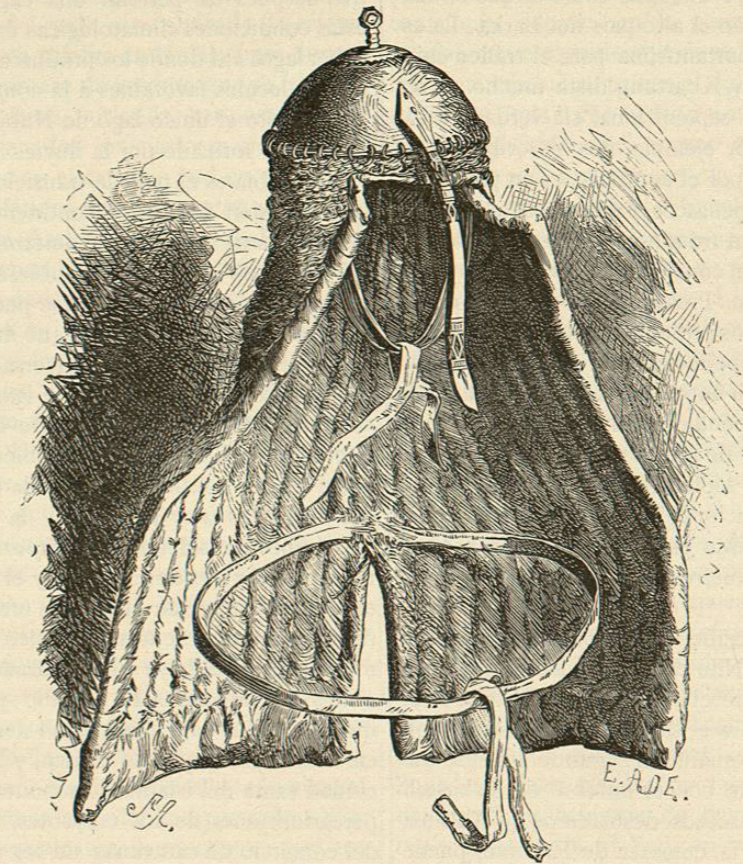
Sabemos, por de pronto, que el Sahara considerado en conjunto tiene más carácter de meseta que de montaña ó de territorio bajo: sólo una quinta parte de él está á un nivel menor de 300 metros y en cuanto á los terrenos más bajos que la superficie del mar que en otro tiempo se suponían muy extensos, reducen en la actualidad á una llanura de unas pocas millas cuadradas en el oasis de Ammón, en los *chots* tunecinos, en el *chot* Melghir y algunos otros: estos terrenos bajos forman dos grupos perfectamente separados que constituyen los bordes occidental y septentrional del Sahara y entre los cuales se alza la cordillera del Atlas desde la que una serie de mesetas escalonadas en dirección á Wargla y El Golea conduce al país elevado del interior del Sahara. Esta serie de mesetas sienten, como las demás vertientes meridionales del Atlas, la influencia del soplo del desierto que llega hasta la divisoria de la citada cordillera cuyo lado Norte con su verdor contrasta con la amarillez del lado meridional. Marchando hacia el Sud desde este peldaño cuya altura es generalmente de 400 metros (El Golea 402, Timbuktu, Mursuk 503, Kufra 400 etc.) llégase por una serie de escalonadas mesetas al país elevado de los tuaregs que en la meseta Hagggar alcanza la altura máxima de 2.500 metros por lo menos en el pico doble del Uatelle y del Hikena que, cosa rara para la estructura de esta cordillera, álzase como montañas gemelas en la ovalada cima más elevada de la meseta de peldaños en parte volcánicos. Estas gradas no están, sin embargo, regularmente superpuestas sino que se hallan separadas unas de otras por profundos valles: los bordes de las mesetas aparecen tan quebrados y las piedras son de color tan oscuro que el conjunto tiene el aspecto de agreste cordillera. Tal es la estructura de las montañas de Hagggar y de Asben y de la cordillera de Tibesti: en todas ellas predomina, al parecer, la naturaleza volcánica. Estas alturas junto con algunos pequeños grupos constituyen una serie de elevación varia que arranca del Atlas y termina en la cordillera Marra, en Darfur, atravesando al Noroeste y al Sudeste en toda su extensión el desierto y formando la frontera natural que separa el Sahara oriental del occidental. Al Oeste y al Este del mismo la conformación del suelo es mucho más sencilla viéndose allí elevadas llanuras pedregosas (*hammadas*) llenas de guijarros y con algunas rocas, ríos secos y profundos (*wadis*) en los cuales se encuentran algunos manantiales ó parajes más húmedos que se consideran como oasis, otros oasis mayores con depresiones que llegan hasta la capa de agua subterránea y sitios arenosos, á menudo muy extensos, que forman las regiones de las dunas (*aregs*) intransitables en extensiones de muchas millas. Las llanas *hammadas*, los *aregs* y los *djufs* no son completamente uniformes sino que están surcados por simas y secos valles, limitados por escarpados bordes y dotados de cuencas profundas. Cuando las *hammadas* no son superficies elevadas completamente llanas ó ligeramente convexas sino que se nos aparecen con los accidentes propios de las montañas, como sucede con la *hammadá* el Homra que cruza el gran camino de caravanas de Trípoli á Mursuk ó como el Harudsch que atraviesa el camino del oasis Ammón á Mursuk pasando por Audschila que Hornemann siguió en 1798; cuando las *hammadas* se nos presentan con este carácter — decimos — su altura nunca

llega á 1.000 metros y sus elevaciones son imperceptibles ondulaciones que á simple vista parecen llanuras. Aquel trozo de desierto de 400 kilómetros de ancho que se extiende entre el oasis Kufra, el más septentrional, y el pozo de Dschalo que es el situado más hacia el Sud, formando una llanura casi matemática sin igual en nuestro planeta, pertenece á esta clase de comarcas: en esta llanura sólo la redondez de la tierra puede ocultar á la vista los objetos lejanos. Rohlfs dice que si se quisiera llenar con terreno esta parte del mapa tendría que representarse por medio de piedras. Esta meseta desierta descende de un modo abrupto al Este hacia el valle del Nilo y al Oeste hacia el del Níger; estos ríos, sin embargo, no son las fronteras del desierto, sino que simplemente crean los mejores oasis del mismo. Así como al Oeste del Níger conserva el Sahara el mismo carácter que en su interior, entre el Nilo y el mar Rojo álzase la cordillera del desierto árabe, montaña árida de roca viva de carácter de meseta muy marcado y surcada de wadis que abren en esa cordillera desprovista de agua y de vegetación simas de 400 y 500 metros no lejos de picos cuya altura excede de 2000. La frontera geológica del desierto, que excepción hecha de las erupciones se compone principalmente de piedras areniscas y calizas, es por este lado esa cordillera, pero el carácter de desierto se extiende al otro lado de la misma, continúa sin limitación alguna por la peñascosa costa del mar Rojo y atravesando el estrecho golfo prosigue por la provincia árabe. Ni las fronteras terrestres ni las marítimas están en condiciones de poder oponer un dique al soplo ardiente del monzón, causa primordial de la formación del desierto, que procedente del Norte y del Nordeste devasta todos los años esos territorios. Las áridas llanuras peñascosas, las dunas y los campos pedregosos no son causas sino efectos del desierto, puesto que con la misma composición y forma del suelo truecense éste en las estepas del Sudán, en donde los vientos ecuatoriales húmedos del Sud disputan el terreno á los monzones. El suelo del Sahara es tan pobre en agua por la sequedad extrema del aire: la cantidad de vapor es menor en una décima y hasta en una sexta parte que la saturación mínima del globo; por esta razón las lluvias son tan raras lo cual, sin embargo, no quiere decir que no llueva en el corazón mismo del desierto. Durante el invierno cuando las diferencias de calor local aumentan de una manera extraordinaria y la corriente ecuatorial sopla á poca altura, son posibles las lluvias torrenciales y los chaparrones; pero estas no se presentan todos los años habiéndose observado en Inshallah que en un período de 20 años no cayó una gota de agua. Con todo, estas lluvias irregulares junto con la formación de rocío contribuyen algo á la pequeña masa de agua que se encuentra en los wadis y en los oasis. En el mismo Cairo la cantidad de lluvias apenas excede de 30 milímetros. En las montañas los aguaceros son naturalmente frecuentes. Mucho más importante y general es la formación del rocío que se debe al extraordinario fulgor del claro cielo del desierto y que es un fenómeno si no de todas las noches por lo menos muy frecuente. La temperatura máxima y la mínima dentro del año acusan una diferencia de 50 y más grados centígrados (Mursuk 45 y -5 ó 6, Tuggurt 50 y 2, Ghadames 40 y -5 etc.); también hay una diferencia entre la temperatura del día y la de la noche de unos 30°: la temperatura media anual es de 25°.

La lluvia y el rocío, lo propio que la nieve y la escarcha que se funden en las montañas, se filtran por entre las arenas de las dunas y las hendiduras de los peñascos buscando caminos subterráneos que las protejan contra la evapo-

ración y guardando constantemente en las profundidades de la tierra una provisión de agua que en algunos puntos favorables hacen llegar hasta la superficie un grado de humedad suficiente para permitir el cultivo de la agricultura y de la ganadería: tal acontece en grande escala en las depresiones del suelo del desierto y en los secos valles de los wadis de cuyo seno brota el agua en cuanto se perfora la superficie y en menor escala gracias á los manantiales que se abren paso por entre las capas ascendentes. De esta suerte nacen los oasis, hijos siempre de la aparición de una vena del agua subterránea: el número considerable de los

mismos en el Sahara oriental comparado con la pobreza de agua del occidental nos demuestra hasta qué punto dependen aquéllos de las montañas, únicos sitios en donde llueve regularmente y con relativa abundancia y que alimentan los grandes wadis dotados en cierto modo de agua permanente, como Draa, Tasulti, Irkharkhar, etc., y algunas sombras de sistemas de ríos y corrientes. La situación de los oasis formando hilera, tan importante para la viabilidad del desierto, demuestra la presencia de corrientes subterráneas que se asoman á la superficie dispensando temporalmente en su curso los beneficios de la humedad.



Casco nubio (Museo municipal, Frankfort en el Mein)

La Nubia puede ser considerada, en sentido lato, como territorio central del Nilo: al Norte marca su frontera el jalón geográfico y político de Syene (Assuán), bien que atendiendo á la naturaleza y á la población la frontera al Oeste del Nilo debiera avanzar mucho más hacia el Norte y abarcar todo el llamado desierto árabe entre el citado río por un lado y el istmo de Suez y el mar Rojo por otro; al Sud la conformación del suelo y el clima podrían fácilmente señalar la frontera en el borde septentrional de la meseta abisinia y de las alturas del Kordofán meridional que hasta allí se extienden desde la cordillera Marra de Darfur; al Este aparece como límite el mar Rojo, al Oeste el desierto de Sahara y al Sudoeste la frontera política que se extiende entre Kordofán y Darfur, quedando cerrado de esta suerte el país nubio. De modo que los distintos territorios de Nubia están agrupados como el Egipto junto á los hilos de la corriente del Nilo aunque sin estar respecto de ésta en la misma absoluta dependencia que hace del país egipcio un verdadero presente del Nilo, pues aun cuando Nubia como país de bancales descende, en sentir de Ritter, de la meseta de las fuentes de los altos afluentes del Nilo y de las montañas abisinas y sudanesas en dirección hacia el Norte, no por esto pierde su carácter de pla-

taformas, y aunque los pocos ríos que nacen en sus elevadas comarcas van en su mayor parte á reforzar el Nilo, y aunque, además, la unión del río Blanco y del río Azul constituye el principal fenómeno hidrográfico de este territorio, el país es menos dependiente, aun desde el punto de vista hidrográfico, que el bajo Egipto formado en el fondo, por un pedazo del valle del Nilo. El clima, junto con el carácter de la vegetación que del mismo es consecuencia, contribuye más que otra cosa á imprimir en el país un sello de unidad.

Nubia no es el país de las llanuras interminables como en otro tiempo se creía, pues si bien las contiene extensas en su centro y en su parte meridional, aparece, en cambio, montañosa al Este en el llamado desierto nubio y en algunas partes del territorio situado al Oeste del Nilo, como por ejemplo en la estepa Bajuda. En la latitud de Suakín las estrabaciones de la cordillera que alcanza su desarrollo máximo en el desierto árabe descendiendo abruptas hacia los territorios bajos de la costa conservando aquí todavía el carácter de meseta con los profundos surcos de los wadis que forman escabrosos valles cortados en la roca viva casi completamente desprovista de vegetación. Más al Sud, la comarca que rodea al Barka es enteramente montañosa